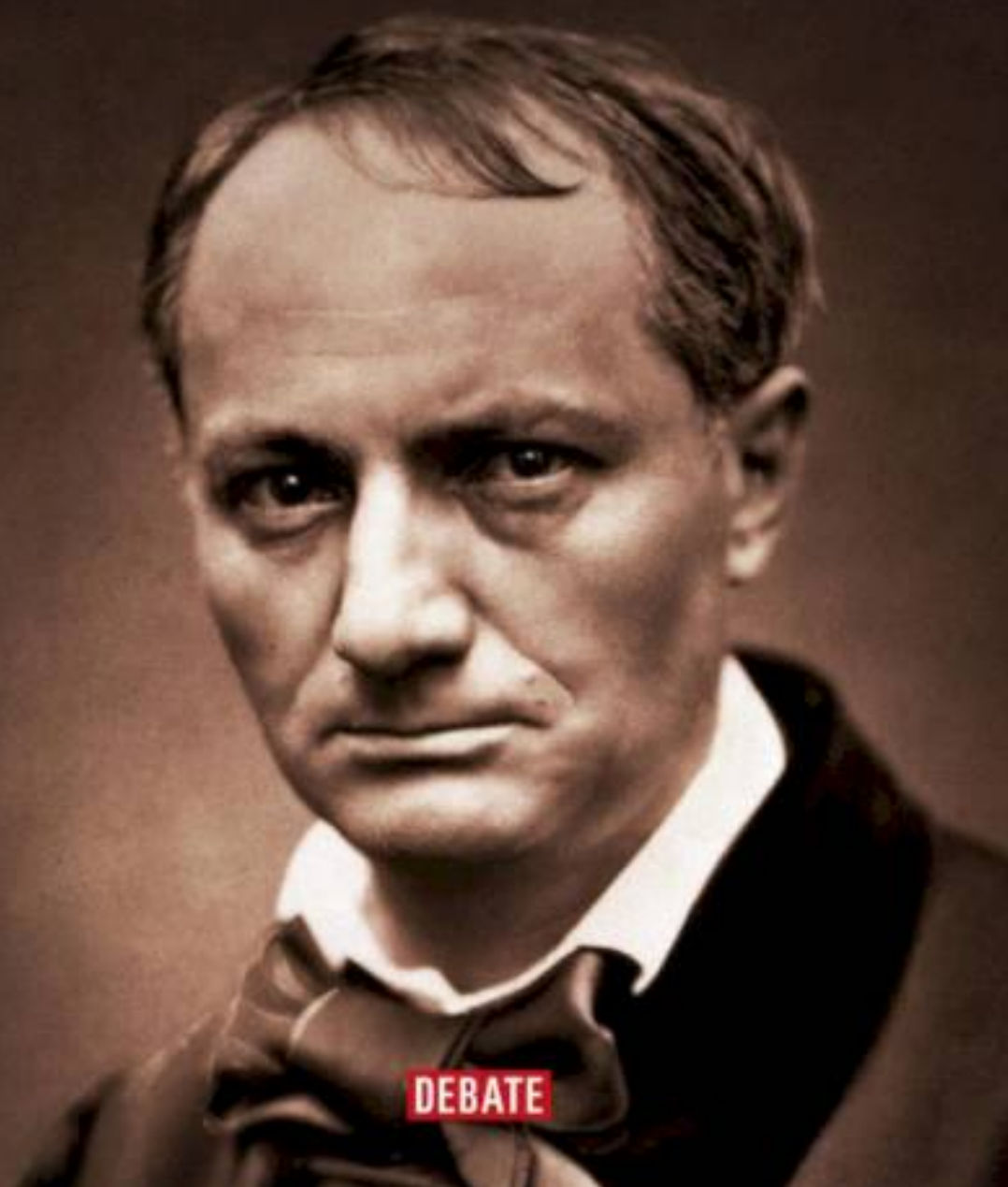


Baudelaire

Juego de triunfos

MARIO CAMPAÑA



DEBATE

Índice

Cubierta

Advertencia del autor

Preliminar

Primera parte

1. Retratos
2. Infancia y adolescencia: París y Lyon
3. En Louis-le-Grand
4. La elección
5. El viaje
6. El regreso: la fortuna y el Consejo Judicial
7. Un autor
8. La Segunda República
9. Las barricadas
10. De la insurrección de junio a la caída
11. La obra (de «Las lesbianas» a «Los limbos»)

Segunda parte

1. 1852-1855: los nuevos fundamentos
2. Las traducciones de Poe y la nueva vida
3. «Las flores del mal». Primera edición: juicio y condena
4. La carrera por la salvación: dejar París
5. Honfleur y el estallido creativo
6. Regreso a Babilonia
7. Las segundas flores
8. «Pequeños poemas en prosa»
9. La academia
10. El ahogo, la colaboración
11. La denuncia
12. En Bélgica
13. El fin
14. Segundo regreso a París y muerte

Bibliografía

Imágenes

Notas

Créditos

Car vouz veniez parfois, ô Charles Baudelaire
Las du cornet sans dés et du jeu sans atout.

(«Porque a veces venías, oh Charles Baudelaire
cansado del cubilete sin dados y del juego sin triunfos».)

HENRY DE RÉGNIER

Advertencia del autor

El lector debe saber que este libro ha sido concebido como una biografía general. Su intención lo aparta del estudio exhaustivo de períodos, relaciones específicas y aspectos secundarios de la vida de Baudelaire así como de la crítica de su obra, si bien ésta es constantemente invocada en cuanto manifestación de su existencia subjetiva y por tanto de su biografía. Desearíamos empezar de este modo a llenar aunque sólo sea modesta y parcialmente un sorprendente vacío en la bibliografía en lengua castellana, una lamentable falta que ha llevado a la simplificación de la personalidad y significado del poeta de *Las flores del mal* y los *Pequeños poemas en prosa*, quizá el más revolucionario hombre de letras de la época moderna en Europa. La primera biografía de Baudelaire en castellano se publicó en 1920; y la segunda y última en 1931, es decir, hace 75 años. Desde entonces, la investigación sobre el tema ha aportado abundante y sustanciosa información, especialmente gracias a hallazgos epistolares y notables ediciones críticas. Valiosos trabajos publicados en los últimos años no han podido, por su propio objeto y orientación, suplir la carencia biográfica. Con la intención mencionada, pues, he ordenado materiales que proceden de fuentes seguras y permiten, creo, ver al personaje en una complejidad acaso más fiel al original.

He atado mi mano a los hechos todo cuanto he podido, intentando sortear los tres mayores peligros que asechan a todo aquel que escribe sobre un clásico como Baudelaire: la hagiografía, la leyenda y el anecdotario, una familia que aunque a veces parezca fascinante siempre oculta, disimula o deforma al personaje que tratamos de conocer. No se encontrarán en estas páginas menciones a san Baudelaire. Por las mismas razones hemos prescindido de mayores consideraciones sobre el eros baudelaireano; su sadismo, por ejemplo,

no es en absoluto biográfico: es cierto que en su obra los dioses o los demonios del amor tienen maneras violentas y usan aparejos de metal, objetos quirúrgicos y formas sanguinarias, pero nada nos autoriza a trasladar todo ello a su vida.

Me temo que en estos tópicos por ahora no hay manera de poner pie en tierra firme.

Como todo el mundo sabe, la descripción y el relato de hechos suponen ya una comprensión y una interpretación previa. El lector notará en estas páginas nuestra convicción de que lo político, o quizá sea mejor decir lo ético social, tuvo en la vida y la obra, en el pensamiento y en los sentimientos del poeta un rol persistente y en todo caso mayor y más decisivo del que se suele reconocer.

Deseo finalmente expresar mi gratitud a la Biblioteca Nacional de Francia y al Centro W.T. Bandy de Estudios Baudelaireanos, de la Universidad de Vanderbilt, de Estados Unidos, así como a diversas instituciones universitarias españolas, catalanas en particular, por la ayuda bibliográfica recibida. Más ferviente es mi agradecimiento a las numerosas personas que me animaron y apoyaron de diversos modos durante la investigación, redacción y corrección de este libro, es decir, a Aitana y José Arias, Esperanza Bielsa, Ligia Chadwick, Nela Filimón, Pere Gimferrer, Ester Gorch, Porfirio Mamami Macedo, Francisco Marín, Ana María Moix, Monserrat Peiró, Raquel Tello, Clara Usón y Enrique Verástegui. Si algún acierto hubiera en estas páginas, quisiera que estuviera dedicado a ellos.

Barcelona, 7 de octubre de 2005

Preliminar

Está el hombre de la pipa. Abismado. Sobre un libro.
Y el hombre del puro. El gigante que una noche alucinada mide su estatura con la columna Vendôme;

Está el histrión.
El que hubiera querido ser Papa. O comediante. El que juega con Las palabras como con fuegos de artificios;

El imitador: el que habla
Con palabras de otros;

El hombre que cultiva la histeria con alegría y terror. Para ser otro.
Otros. Por voluntad propia.
Para vivir
Bien lejos de todos. Anywhere out of the world;

El que dice: «hay que estar siempre ebrio, de vino, de virtud o de poesía, pero Siempre ebrio»;

Y está el hombre de los pactos, el que una vez aprendió a pactar,
Mejor dicho, a negociar. Todos los días. Con dios y el diablo,
Por una idea fija.
«Tengo que escribir la historia de una idea fija», anotó.

Cuando se disponía a contar la vida de Théophile Gautier. El escritor,
Dice, es el hombre que hace de su deber una idea fija.
Porque él es un hombre de idea fija: tiene un destino.
Es decir, está el hombre que tiene un destino. El
Que ha aprendido por caminos misteriosos que hay un lugar en el

Futuro, en el cielo glorioso de los hombres póstumos, con
Su nombre. El hombre
Que ha descubierto que la tarea de su vida, el arduo empeño de toda
Su existencia, es conseguir que ese destino
No se disipe, que adquiera el vigor y el espesor, la materialidad de su
Cumplimiento;

Y está también el hombre del martirio.
El que sabe que por ese destino alguien, quizá dios, quizá los otros
Hombres, no dejarán de pedirle un precio. Que pague un precio.
Su-
Frimientos y vejaciones.

«La posteridad me concierne», dice, a los veinticuatro años. «Mi destino se cumplirá», insiste.

«Dime que tienes confianza en mi destino», pide a su madre.

Está el hombre fascinado por lo sobrenatural, el que busca lo infinito en lo finito. La poesía en las palabras.

Y el hombre del equívoco:

Mucha gente se volcó, con una cándida curiosidad, alrededor del autor de *Las flores del mal*. El autor de las *Flores* en cuestión no podía ser sino alguien de una excentricidad monstruosa. Todos esos canallas me han tomado por un monstruo, y cuando vieron que yo era frío, moderado, educado —y tenía horror de los librepensadores y de toda la estupidez moderna, decretaron (supongo) que yo no era *el autor de mi libro*... ¡Qué confusión cómica entre el autor y el tema! Ese maldito *libro* (del que estoy muy orgulloso) es pues muy oscuro, ¡bien ininteligible! Llevaré por mucho tiempo la pena de haber osado pintar el mal con algún talento.

En el origen, el equívoco:

«Pido a todo hombre que intente mostrarme lo que subsiste de la vida».

En el final, el equívoco:

«Los perros son los únicos vivos; son los negros de Bélgica».

«Capítulo sobre los perros, en quienes parece refugiarse la vitalidad ausente en otra parte».

He aquí un

Emblema, un propósito: «Glorificar el vagabundaje». El hombre

Que descubre «la verdadera

Grandeza del paria».

Es el hombre de la guerra. El de «la santidad de la pena de muerte»: «La pena de muerte es el resultado de una idea mística, totalmente incomprendida hoy». «No hay más gobierno razonable y firme que la aristocracia. Monarquía y República basadas en la Democracia son por igual absurdos y débiles».

«Sólo hay tres seres respetables:

«El sacerdote, el guerrero, el poeta. Saber, matar y crear. Los demás hombres son disponibles y sujetos a prestaciones personales, hechos para la caballeriza, es decir, para ejercer eso que llaman *profesiones*».

¿Un rebelde?

¿Un monstruo?

¿Un trasgresor?

El primer vidente, rey de los poetas, UN VERDADERO DIOS, respondería Rimbaud.

El hombre que decide no establecerse en ningún lugar.

El que

Conoce nuestro más íntimo deseo:

«Nous voulons, tant ce feu nous brûle le cerveau,
Plonger au fond du goufre, Enfer ou Ciel, qu'importe?». *

Primera parte

1

Retratos

«Un pobre muchacho que no sabe nada de la vida», escribió Prosper Mérimée, en 1857, cuando Baudelaire acababa de publicar *Las flores del mal*. «Un pobre diablo», lo llamará en 1866. Mérimée había aprendido las cosas de la vida suficientemente bien como para ser nombrado senador y embajador del Segundo Imperio, y daba en el blanco. Baudelaire era consciente de ello: «Conozco la ciencia de la vida —escribió— pero no tengo la fuerza para ponerla en práctica». Conocer el principio y el final, pero no los medios: he ahí un drama. La descripción de Mérimée no es del todo gratuita; Baudelaire parecía inspirar esa cándida sensación de desvalimiento. Jacques Crépet, uno de sus mejores biógrafos, observa: «Baudelaire siempre experimentó la necesidad de un protector (“Protéjame”, exhortaba en 1852 a Gautier; “Mi querido protector”, llamaba a Sainte-Beuve, en 1856; “Tengo necesidad de un protector”, suplicaba a Hugo en 1859). Siempre estuvo poseído por la admiración, la gratitud, la deferencia».

Un protector, sí. He aquí un testimonio sobre sus años de adolescencia: «A título de niño idiota —dice Asselineau, su amigo y primer biógrafo— le fue otorgado el bachillerato». «Turbado sin duda por lo imprevisto de las preguntas, ese muchacho de un espíritu tan fino, de un saber tan real, parecía casi idiota.»

Un pobre muchacho, un pobre diablo, un hombre con necesidad de protección, un niño idiota... A los veinte años, no obstante, audazmente el muchacho usaba corbatas de cuadros, de Madrás de la India; de color amarillo-oro que combina con camisas azules o rojo sangre. Camisas blancas de muselina con las puntas plisadas sobresaliendo del traje negro. Los pantalones son de casimir, y ajustadísi-

mos. El chaleco largo, cerrado hasta el más alto de los doce botones; los zapatos, de charol.

Es casi un maniquí.

A veces lleva sombrero; de copa alta. O va descubierto, con el pelo rapado. O luce una cabellera pintada de verde. Tiene las cejas negrísimas y en sus años mozos llevó una rala barba rizada. Sus guantes son blancos. O rosa pálido. Él mismo es pálido, delgado, débil, bajo de estatura: 1,65 metros, acaso; no más de 1,70. De rostro fino, translúcido. Sus maneras son exquisitas: hay algo femenino en él.

Admira al dandi: «La elegancia —dirá un día— es la encarnación máxima de la idea de lo bello traspuesta a la existencia material, que dicta la forma y regula las maneras».

Y sin embargo, el muchacho tiene en la boca un filo que resplandece con violencia. «Cortaba como el acero inglés», dice Alphonse Daudet. Cáustico y blasfemo, su terrible inteligencia excéntrica no persigue la verdad sino la voluptuosidad del debate: deviene devoto o impío con la misma celeridad, sólo por confundir a su rival, como el cazador cambia de sitio para atontar a la presa.

Es vagabundo: escapado de la casa de familia y de un despacho de abogados que debía encaminarle, camina libre, ligero, nervioso, con paso «casi rítmico». Visita bibliotecas y museos. Va al Louvre con un pintor, un crítico, una prostituta. Deambula con sus amigos. Van a la bodega de Duval, en la plaza del Odeón; a la Tour d'Argent, frente al Sena; al café Tabourey, en la rue Vaugirard, siempre en el barrio latino. Van a menudo a «un buen cabaret», más allá del barrio de Saint-Jacques, al Moulin de Montsouris, en las afueras de la ciudad. Allí, entre los árboles, tienen vistas espléndidas: el fuerte de Charenton, a un lado; la ciudad, al otro. «Un buen lugar para filosofar», dice Prarond, uno de ellos. Baudelaire dice entonces sus versos; le gusta recitarlos en voz alta; los memoriza, los declama. Con unción.

Así corrige.

Fuera de casa desde los veintiún años, discute en los salones, en

las buhardillas, en la calle; en la madrugada, en la mañana. Por compulsión y necesidad y durante jornadas larguísimas, empezadas a mediodía y terminadas a medianoche. Puede vapulear a un notario, a un académico, a un camarero, en disputas improvisadas que terminan con un mutismo de perplejidad. O de rabia. En las sobremesas de intelectuales dirá que Homero no es más que Barbey D'Aurevilly, que Shakespeare es un invento de la crítica. El hombre enerva. Es desafiante. Se inclinaba ante lo que después llamó «el placer aristocrático de disgustar». Su brillante insolencia testimonia el brío de su juventud. Bebe a menudo. Como otros de su clase, es libertino: dispone de herencia familiar. Las chicas de la calle lo embriagan, lo fascinan, lo arrastran a lugares «de mala reputación». Vistió a una de ellas, a quien sacó de «una casa». Aun así, un día querrá ser santo. Héroe o santo. «El más grande de los hombres», se prometerá. Pero por ahora se hace acompañar de prostitutas en el Louvre. «La querida de un poeta es siempre más que la esposa de un notario», dirá a un escribano accionista de un diario que intenta reclamarle por presentar ante él y su familia a su amante, Jeanne. Es, en efecto, altivo. Un príncipe. Una de esas «incongruencias nocturnas» que Restif de la Bretonne encontraba en las calles de París en las vísperas de la revolución.

Frente a la eternidad de los astros, se siente inmortal. «Me creo inmortal, y espero serlo», dice en uno de los momentos de mayor histrionismo de su vida, a los veinticuatro años, redactando un testamento, poco antes de iniciar un falso intento de suicidio.

Se equivocaría quien lo creyera vanidoso. Lo suyo es orgullo. Es un aristócrata, «más que (lord) Byron». Un «espíritu de élite» incluso ante los ojos de un conde, el conde Louis de la Gennevraye, su antiguo compañero de clase. Refinado en todo, asombra a sus amigos bebiendo licores ingleses, pues es filobritánico; habla inglés como su lengua propia; dice que lo sabe desde siempre; desde la cuna.

Aunque es un solitario, teme la soledad. Para burlar a sus acreedores tiene dos domicilios y a veces, cuando la persecución aprieta, busca hospedarse en casa de sus amigos. Cierta vez pretendió que

sus deudas fueran pagadas por su hermano, a quien hizo cuentas alegres. Porque hay que saber que contrae elevadísimas deudas que sólo muerto podrá satisfacer. «Qué grandes y qué poéticos somos con nuestras corbatas y nuestras botas acharoladas», dice.

Estamos en los años cuarenta. Siglo XIX. Una época que en Francia comenzó con la revolución de julio de 1830, que buscaba actualizar la de 1789; una era de insurrecciones revolucionarias, atentados, revueltas, leyes represivas. Todo culminaría en la revolución de 1848, que dio nacimiento a la Segunda República, primero, y al Segundo Imperio, después.

En 1867, inesperadamente, la historia termina: el pobre muchacho, el príncipe, muere. Muere en brazos de su madre. Infectado por la sífilis, intoxicado por el alcohol y el opio. Ha pasado diecisiete meses hemipléjico, afásico. Tiene cuarenta y seis años y el cabello blanco: es un viejo. No puede hablar. «Crenom, crenom», grita, exasperado.

«Nadie fue menos banal ni menos inocente que él», afirma Gustave Le Vasseur, uno de sus amigos de juventud.

«Tenía el ojo del gato, la nariz del perro, el oído del salvaje», dice también.

«Los jóvenes de entonces —explica Alfred de Musset—, no querían oír hablar del pasado, en el que no tenían fe, pero el futuro era sólo un pigmalión, frío como una amante de mármol. Sólo les quedaba el presente... ángel del crepúsculo, que no es ni el día ni la noche; lo encontraron sentado en un saco de cal repleto de huesos.»

Jules Buisson, pintor amigo del poeta, escribió:

«Criados para tiempos prósperos, tuvimos que vivir en tiempos trágicos. Nuestros destinos —el suyo, más todavía— fueron más fuertes que nuestra educación, demasiado fuertes para nuestra educación.»

Eran nietos de la revolución, pero súbditos del Imperio.

El 9 de abril de 1821, cuando Baudelaire nace, su padre tiene sesenta y dos años. Lleva cinco como jubilado. Hombre canoso de gestos pausados, «labios apretados y mirada penetrante», Joseph-François Baudelaire (1759-1827) tiene un «espíritu cáustico» y es un «republicano inflexible». Un hombre templado en tiempos revolucionarios. Hijo de propietario de viñedos de la Marne, en la Champagne, fue a París en 1776, a los diecisiete años, a proseguir sus estudios en la comunidad de Sainte-Barbe. Allí, en el colegio del Plessis, fue premiado y distinguido. Era hábil escribiendo versos latinos y se destacaba en traducciones del latín y del griego y en disertación francesa. Entre los veinte y los veintidós años de edad asiste a clases de filosofía en la Universidad de París. Como tantos otros, por razones sociales y económicas abraza la vida religiosa, pero en 1781 inicia estudios de filosofía en la Sorbonne. A los veinticinco años es sacerdote y poco después inicia su actividad como preceptor privado de la nobleza: ese año es contratado por el conde Antoine de Choiseul-Praslin como maestro de sus hijos Félix y Alphonse, de siete y cinco años de edad, con quienes irá a vivir al barrio latino, en la rue du Bac.

Republicano de convicción, François Baudelaire, como tantos otros, tras la revolución abandonó el ministerio religioso. Hombre de mente aguda, tiene amigos en el partido revolucionario —se señala su amistad con Condorcet—, pero no se entrega a la política sino que continúa su vida de preceptor y compone un manual para la enseñanza del latín a sus discípulos. Durante la represión de 1793, que afectó también a Condorcet y al conde de Choiseul-Praslin, se encarga del sustento de sus pupilos y da muestras de una fidelidad admirable con sus amigos presos.

En 1797 se casó por primera vez. Tenía treinta y ocho años y contaba con una modesta pensión vitalicia que le había asignado el ya duque de Choiseul-Praslin. Su mujer es Rosalie Janin, una pintora que habría de aportar al matrimonio bienes muebles e inmuebles de valor. Al año siguiente Baudelaire entra en el servicio público y en enero de 1800 da el salto hacia una de las instancias del poder